

Nos casamos

—¡Ah! —Reacciona Luz soltando el pomo y girándose hacia Encarna y Lola—. Acordarse de que el domingo no vendré a comer, que se casan mis amigas y lo celebran en el restaurante Palomares. Podríais tomar ejemplo de ellas... —Guiñándoles un ojo—. ¡Salid ya del matrimonio bostoniano este que tenéis! —Tirándoles dos besitos al cerrar la puerta. Las dos mujeres se despiden vagamente de la chica, mientras intentan comprender a lo que se refiere.

—¿Y ese matrimonio que dice tu nieta? ¿Que tomemos ejemplo? —inquire Encarna.

—No sé. Como hablan tan moderno... Pon el ordenador y lo miramos en lo de Google.

Las dos mujeres leen el primer resultado que aparece en el buscador. Se miran. Encarna clica sobre el segundo enlace para comprobar la información con otra fuente —o para ganar tiempo—. Están pensativas ante la pantalla. Al fin, Lola se decide a hablar.

—Pero... si nosotras somos viudas. Y yo quería mucho a mi marido. Y tú..., de ese maltratador mejor no hablamos. ¡No sé qué dice esta chiquilla! Nosotras no nos acostamos; no somos tortilleras o, bueno, lesbianas como se dice ahora.

—A mí me gustan los hombres. Ya sabes que me embeleso fantaseando con los tiarrones de los anuncios. Aunque, Lola, yo he entendido que en ese matrimonio que dice la niña puede no haber sexo. Habla de que puede tratarse solo de sentir amor.

—Nosotras nos queremos mucho. Somos amigas desde el colegio y vivimos juntas desde que nos quedamos solas. Siempre nos hemos llevado bien y estoy a gusto a tu lado.

—Pues igual que yo. Y ya no concibo otra vida que no sea junto a ti —cogiéndole las manos con timidez—. No sé cómo le llamarán a esto...

—Encarna, ¿y si esto nuestro ya es quererse de otra manera? Digo que igual no nos estamos queriendo solo como amigas... Ya sabes... —Bajando la mirada.

—¿Te refieres a que estemos enamoradas? —Suelta lo que Lola no se ha atrevido.

—Sí —asevera—. Yo sueño contigo —le revela—: nos bañamos en el mar y te abrazo.

—Y yo contigo —confiesa—: en mi sueño paseamos por el puerto cogidas de la mano.

—Entonces, Encarna, si la nena lo ha visto, y ella entiende de esto, es que algo pasa.

—Lola, ella es de otra generación. En la nuestra no caben este tipo de relaciones.

—Encarna, los tiempos han cambiado. La vida ha avanzado rápido y no nos hemos enterado. Lo importante es amar, ya no se analiza si a hombre o a mujer. La juventud lo entiende y lo defiende. No cuelgan etiquetas rancias al amor, no lo encasillan; lo disfrutan.

—Pues te voy a besar, Lola —la interrumpe con dulzura.

Encarna posa levemente sus labios en los de ella. Ha sido un beso tímido, fugaz. Se quedan frente a frente. Lola, sonriendo, roza con su nariz la de Encarna, a modo de beso esquimal. Ahora, se aproxima hasta su boca. Esta vez, el beso ha sido más largo e intenso.

—Entonces, ¿hacemos caso a mi nieta? ¿Nos casamos? —Propone ilusionada.

—Sí, Lola, ¡nos casamos!